

# Mujeres jóvenes y transgresoras

## Roles de género, domesticidad y *aguante* en el conurbano bonaerense

POR MALVINA SILBA y MAYRA ALVARADO

**Malvina Silba** es licenciada en Sociología y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Asistente del CONICET, Instituto de Investigaciones Gino Germani. Docente del Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva, Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

**Mayra Alvarado** es licenciada en Ciencias de la Comunicación, maestranda en Comunicación y Cultura, Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Docente del Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva, Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

El tema de este artículo será el cruce entre juventudes, pobreza y género en tanto permiten problematizar la experiencia de la subalternidad. Para poner en discusión estos conceptos, propondremos centrarnos en la historia de Romina, una joven habitante de un barrio de la periferia urbana, cuya vida cotidiana se encontraba fuertemente atravesada por diversas desigualdades sociales producto de una distribución inequitativa de bienes materiales y simbólicos. El trabajo de campo aquí presentado forma parte del desarrollado en el marco de la tesis doctoral de Silba (2011), en la cual la propuesta fue aportar al estudio del vínculo entre juventud y música, problematizando la relación entre las trayectorias de mujeres y varones jóvenes de sectores populares, sus consumos culturales y el papel que éstos adquieren en su vida cotidiana y, especialmente, en los momentos de ocio y diversión.

### ALGUNAS CATEGORÍAS DE LA INVESTIGACIÓN

Este artículo versará sobre la discusión -inseparablemente teórica y empírica- de las experiencias de subalternidad de una mujer joven perteneciente a las clases populares urbanas. En primer lugar, nos interesa reponer qué entendemos por subalternidad. Siguiendo a Guha (1997), el término se refiere "al atributo general de subordinación [...] ya sea que esté expresado en términos de clase, casta, edad, género, ocupación o en cualquier otra forma" (citado en Alabarces y Añón, 2008: 285), es decir que a partir de él podemos pensar las múltiples maneras en las que se expresa, en un contexto determinado, la desigualdad social y cultural. Pero existe otra dimensión

que nos interesa señalar y es la que sintetiza Gyan Prakash: "debemos entender la subalternidad como una abstracción usada para identificar lo intratable que emerge dentro de un sistema dominante *x*, y que significa aquello de lo que el discurso dominante no puede apropiarse completamente, *una otredad que resiste ser contenida*" (citado en Rodríguez, 2010: 255-256).

En esta línea de reflexión, podríamos preguntarnos: ¿qué es lo que, en la historia que decidimos contar aquí, podríamos definir como resistente, como aquello que escapa a las posibilidades de contención? Y, a su vez, ¿cuáles son los límites que el sistema le imprime a esa *otredad*, obligándola a retroceder, negociar o ceder en sus apuestas y objetivos? Creemos que en la elección del tema del presente trabajo podemos encontrar un principio de respuesta, un acercamiento a ciertas certezas sobre nuestra mirada y nuestros objetos. Porque las preguntas que los organizan versan indiscutiblemente en torno a sujetos y prácticas a los que definimos como populares, es decir, como aquellos que ocupan "la dimensión subalterna de la economía simbólica" (Alabarces, 2008), y cuyas experiencias se cruzan, de formas complejas y en ocasiones contradictorias, entre la clase social, el género, la edad y los consumos culturales. Sobre todas estas diferencias críticas, tomadas por separado y en simultáneo, elaboraremos una mirada que desde la etnografía nos permita darle voz a actores sociales que la mayoría de las veces aparecen silenciados en sus deseos, expectativas y concepciones sobre la vida cotidiana, los roles de género y las posibilidades de acción al interior de las diferentes experiencias vitales.



JUAN MARTÍN PETRUCCI

### BIOGRAFÍAS PLEBEYAS: TAREAS DOMÉSTICAS Y DIVERSAS FORMAS DE SER MUJER

En esta sección<sup>1</sup> contaremos la historia de una de las jóvenes del barrio, haciendo hincapié en su trayectoria educativa y laboral, pero también en la relación que ésta mantenía con las obligaciones domésticas, usualmente responsabilidad de los miembros femeninos de las familias. También describiremos sus vínculos barriales, las prácticas asociadas a la sexualidad de esta joven y la particular combinación que en Romina se daba en torno a tradicionales y transgresores modelos de feminidad.

### ROMINA: TRANSGREDIR, NEGOCIAR Y "SEGUIR DE GIRA"

Romina tenía una personalidad extrovertida, acompañada por la voluptuosidad de sus curvas, que ella se encargaba de remarcar con jeans y remeras ajustados y un estilo provocador, manifiesto en sus movimientos, en sus gestos y en su forma de hablar. Vivía con sus padres en una casa con paredes de cemento y techo de chapa. Había abandonado la escuela secundaria, después de repetir tres veces el primer año del polimodal: "no me daba la cabeza" era su justificación. Sus días transcu-

rrían entre ayudar a su mamá con las cosas de la casa, mirar la tele, escuchar música y dar una vuelta por el barrio, visitando amigas/os o vecinos. Romina encaraba un modelo de mujer al que podría nombrarse como independiente: no tenía novio, y afirmaba que prefería estar sola para poder disponer de su tiempo y de su vida libremente; se mostraba siempre muy alegre y dispuesta al diálogo. Decía que lo que más le gustaba de su vida era "pelotudear<sup>2</sup> todo el día" y que si se ponía de novia el riesgo mayor era quedar embarazada y resignar su espacio de libertad:

"Y sí, porque ya te quedás todo el día en tu casa cuidando al guacho<sup>3</sup>, los otros se van a bailar y vos te querés re matar porque tenés que cuidar al pibe... Los pibes se hacen los boludos, te inventan cualquier chamuyo y se van [de joda] y te dejan, [en cambio las chicas] no van a bailar más [cuando tienen un bebé]".

El imaginario de Romina sobre la maternidad a temprana edad retomaba ciertos aspectos de los discursos de origen patriarcal que rigen el orden social entre los géneros (Lerner, 1990) -y que eran compartidos por la

► mayoría de las mujeres del barrio con las que tuvimos oportunidad de dialogar. En este caso puntual, en los dichos de esta joven se observaba, en primera instancia, la necesaria asociación entre noviazgo y riesgo de embarazo, como si existiera una cadena causal entre ambas prácticas. En segunda instancia, apareció un aspecto de naturalización en sus dichos: “ya te quedás todo el día en tu casa cuidando al guacho”, el cual reforzaba la creencia de que los hijos eran exclusiva responsabilidad de la madre; y otro de impugnación, donde la joven mostraba una disconformidad manifiesta con ese tipo de situaciones: “los otros se van a bailar y vos te querés re matar porque tenés que cuidar al pibe”. Así, si bien en un aspecto Romina podía fortalecer y legitimar la desigualdad organizada en torno al género, en otros no compartía la resignación de algunas mujeres jóvenes de su entorno respecto a estas cuestiones. Ella encaraba un modelo de mujer con un discurso que en algunos aspectos era mucho más crítico que el de sus pares en relación a lo que una mujer joven debía y no debía hacer tanto en el espacio público como en el privado. Sin cuestionar la desigualdad que subyacía en el fondo de esta cuestión, esta joven se mostraba atenta a estas prerrogativas de los varones y a cierta *condena social* que pesaba sobre las mujeres y trataba de evitar reproducir ese tipo de circunstancias, preocupándose, por ejemplo, por no quedar embarazada, uno de los factores que mayor incidencia parecía tener sobre el grupo social que Romina representaba, riesgo que es señalado por Adaszko (2005) y Fainsod (2011), en sus estudios sobre embarazo en adolescentes y jóvenes. Siguiendo a Elizalde (2003), podemos afirmar que “la condición genérica y etaria suele ubicar a las mujeres jóvenes y pobres en situaciones de mayor precariedad respecto de sus pares varones para el acceso a las oportunidades sociales y el uso placentero de su sexualidad” (*op. cit.*: 109). Sin embargo, en el caso de Romina, esta situación reviste mayor complejidad, ya que si bien por un lado esas restricciones operaban de manera insistente sobre sus prácticas y representaciones, por el otro ella desafiaba abiertamente, al menos desde el discurso, las supuestas restricciones que el entorno social y barrial quería imponerle, en consonancia con las expectativas tradicionales sobre lo que una mujer debía ser o podía hacer. Un ejemplo claro lo constituían las salidas a bailar, que esta joven consideraba un espacio de libertad y de goce que no estaba dispuesta a negociar ni por un novio y mucho menos por un hijo. Este gesto era, sin duda, expresión de prácticas autónomas que chocaban con la pasividad esperable para una mujer, la cual siempre debía, en teoría, supeditar su deseo al de los varones y/o al de los adultos de su entorno social inmediato.

Una vez le pregunté a Romina qué le gustaría hacer de

su vida en el futuro y resumió sus deseos muy claramente: “quiero seguir de gira”. Estas ideas suyas no caían bien entre sus amigas/os o entre los vecinos del barrio. La imagen que muchas/os tenían de ella era la de una “chica fácil, que le gustaba *pasarse* a todos los pibes del barrio”. Karina (14), otra de las chicas del grupo, decía de ella:

“Estaba todo el día entre los pibes del barrio, el problema era lo que hacía, que se besaba a uno, se besaba al otro”.

Nacho (17), hermano mayor de Karina y en cierta forma un referente del grupo, por su parte, opinaba lo siguiente:

“A veces la apariencia es todo, la forma de ser, capaz que otra te la hace pero es calladita, ila Romina es re zarpada! Si te la hace no le importa nada quién está delante de quién... yo veo una mina que está entre todos los chabones y vos decís ‘esa es una atorranta’, porque todos lo dicen. Capaz que no es una atorranta, pero ya lo dijeron, ya queda mal vista”.

Así, el costo que Romina debía pagar por no acordar con ciertos mandatos tradicionales sobre el rol de la mujer le valía una condena moral no sólo por parte de los miembros adultos de su comunidad barrial, sino por su propio grupo de pares. Los comentarios que tanto Nacho como Karina realizaban sobre su amiga tenían que ver, específicamente, con sus comportamientos sexuales, ya que este tipo de *chismes*, funcionaba como un “arma efectiva para herir su imagen pública y provocarle malestar”, al tiempo que funcionaban como un “dispositivo de control social sobre la sexualidad” (Jones, 2010: 101) de esta joven. Romina no era sancionada por no dedicarse de lleno a las tareas domésticas de su hogar o por no haber terminado la escuela secundaria –prácticas que podían considerarse como “desviadas” en relación a su condición genérica y etaria, respectivamente; es decir, también se espera que una joven sea “hacendosa” respecto de las obligaciones del hogar, y que se preocupe por un rendimiento escolar medianamente exitoso. El motivo por el que los *chismes* sobre la sexualidad funcionan más efectivamente que los que pueden realizarse sobre otros aspectos de la vida cotidiana de las personas en general y de las/os jóvenes en particular, está relacionado, siguiendo a Elías y Scotson (2000), con las normas y creencias colectivas de cada contexto. De estas mujeres jóvenes y pobres se esperan comportamientos sexuales acordes a roles tradicionales de género, como ya dijimos, y cualquier expresión de una sexualidad autónoma, vinculada al placer y al propio deseo chocaban con dichas expectativas y convertían a la joven en cuestión casi de manera inmediata en una “puta” (Jones, 2010). Este apelativo tenía una fuerte carga nega-

## EL IMAGINARIO DE ROMINA SOBRE LA MATERNIDAD A TEMPRANA EDAD RETOMABA CIERTOS ASPECTOS DE LOS DISCURSOS DE ORIGEN PATRIARCAL QUE RIGEN EL ORDEN SOCIAL ENTRE LOS GÉNEROS -Y QUE ERAN COMPARTIDOS POR LA MAYORÍA DE LAS MUJERES DEL BARRIO CON LAS QUE TUVIMOS OPORTUNIDAD DE DIALOGAR.

tiva, y significaba que la mujer en cuestión o bien mantenía vínculos sexuales con varios varones en un lapso corto de tiempo, o bien lo hacía por fuera de una relación de noviazgo estable, tal como mencionaban Nacho y Karina al referirse a los comportamientos de Romina. Esto se constituye como expresión de una “dinámica que reproduce normas y jerarquías sexuales marcadamente distintas entre varones y mujeres, sancionándolas a ellas por lo mismo que se las valoriza a ellos” (Jones, 2010: 102). Así, mientras Romina y otras chicas eran consideradas “putas” por tener compañeros sexuales casuales, Nacho y sus amigos varones eran considerados “ganadores” por sus múltiples conquistas sexuales y/o amorosas.

A pesar de todos los comentarios y sanciones morales que pesaban en el barrio sobre sus prácticas, Romina insistía en resistirse a aceptar tareas que la condicionaran o coartaran su libertad, fueran éstas de índole afectiva o laboral. Frente a la posibilidad de un trabajo como empleada doméstica con “cama adentro” que le había conseguido una amiga de su padre, dijo no haberlo aceptado porque implicaba trabajar de lunes a viernes durante todo el día y estar libre sólo los fines de semana. Ella prefería uno “con retiro”, donde si bien trabajaba y viajaba la mayor parte del tiempo, le permitía volver a su casa y a su barrio a diario. Y sentenció: “yo le dije a mi viejo: si me sacan la cama afuera puede ser. Que me saquen la cama al patio y voy, cama adentro, no”. Finalmente, Romina terminó trabajando en una panadería del barrio, haciendo suplencias algunos días de la semana, lo que le permitía cubrir con el escaso sueldo algunos gastos personales.

En esta joven alegre y despreocupada se combinaban varios de los aspectos clave para analizar la perdurabilidad de ciertas formas tradicionales de entender los roles de género, con estilos novedosos y transgresores de posicionarse frente a los mismos, rechazándolos o negociando de acuerdo a intereses y expectativas sociales e individuales. Así, mientras Romina aceptaba que si tenía un hijo a su edad la responsabilidad de su cuidado iba a quedar exclusivamente en sus manos, no acordaba con que esto fuera así. La frase “los pibes se hacen los boludos, te inventan cualquier chamuyo y se van y te dejan” es una prueba contundente de ese de-sacuerdo. Y por eso, Romina elegía no quedar embarazada por el momento, ya que su interés y su energía estaban puestos en “seguir de gira” y un hijo hubiera obturado esa posibilidad. Tal como señala Elizalde (2003) estas “mujeres pueden revertir la carga ideológica de las imágenes femeninas fuertemente estigmatizadas. Esto no revierte las relaciones de poder que son la base del sistema androcéntrico de exclusión, pero al menos permite construir ciertas prácticas y discursos alternativos”. Este tipo de discursos son los que le permitían responder, a partir del ejercicio de cierta capacidad de agencia (Giddens, 2007), a formas represivas de control social que permanentemente se ejercía sobre ellas.

Por otra parte, el costado más transgresor de esta joven, ése que le permitía estar entre los varones en la escuela, o “transarse” a más de uno en un mismo grupo de amigos, estaba asociado, en su experiencia vital, también, a su juventud. Sus propias prerrogativas como joven le permitían no verse obligada a trabajar en tareas que no le gustaban –como sí sucedía con otras chicas del grupo– sino darse el tiempo para elegir entre opciones de trabajo que si bien eran limitadas –de la panadería la llamaban pocos días a la semana, le pagaban poco y en negro– satisfacían sus expectativas laborales de ese momento. Esto sumado a que no debía colaborar con la economía familiar, aunque sí participaba de las tareas domésticas junto a su madre de manera eventual. Por otra parte, compartir su tiempo libre con quien y donde ella quisiera era posible en la medida que tampoco recibía condicionamientos explícitos de sus padres en torno a límites horarios y/o prohibiciones varias. Romina lo argumentaba diciendo que sus padres confiaban en ella, y que cuando llegaban a oídos de éstos comentarios que cuestionaban su accionar, los padres simplemente le preguntaban a su hija qué estaba pasando y ella se limitaba a responder que no se hicieran problema ya que la gente siempre “hablaba de más”. Esto también representaba un entorno familiar que permitía la autonomía y la libertad en las prácticas cotidianas de esta joven, manteniéndose al margen de la circulación de *chismes* y habladurías sobre los comportamientos sexuales de Romina y sus posibles consecuencias. ►

Las opiniones que se vertían sobre Romina condenaban la puesta en práctica de otro aspecto central del sistema patriarcal: la división que se establecía entre las mujeres *respetables* y las *desviadas*, a partir de sus actividades sexuales (Lerner, 1990). Y a partir de lo cual el sujeto que encarna los discursos patriarcales muestra su capacidad de *nombrar* al otro y de diferenciarse de otro/a, estableciéndose como referencia de lo que se debe y no se debe hacer. Nacho, cuando argumentaba su rechazo hacia la elección de Romina de elegir libremente cómo vivir su vida amorosa y sexual, basaba su cuestionamiento en que ésta era mujer, sin siquiera reconocer que una crítica semejante nunca era realizada hacia las conductas de los varones, quienes tenían la posibilidad de criticar a “las pibas que estaban en la esquina todo el tiempo”, mientras reconocían sus prerrogativas de poder “andar con una y con otra” tan sólo por ser varones. Esta supuesta contradicción, se basaba en la oposición entre las figuras de la “puta” y el “ganador”, como dijimos anteriormente, mostrando una jerarquía muy marcada entre lo que se permite, a nivel de los comportamientos sexuales, para varones y mujeres. “La ‘puta’ marca el horizonte de lo que la mujer nunca debería ser” (Jones, 2010: 113), y representa una figura a través de la cual se sanciona y se pretende controlar los comportamientos sexuales de las mujeres, al tiempo que en los varones se celebra una cantidad abultada de conquistas sexuales, en la medida que son expresión de su virilidad. Esto se relaciona, a su vez, con que la sexualidad masculina se piensa como incontrollable y desenfrenada, mientras que la de la mujer siempre debe estar relacionada a algún vínculo de tipo amoroso (Jones, 2010). Y es justamente el amor -y no el deseo- el que justificaría la actividad sexual femenina.

La historia de Romina pone en escena la necesidad de analizar la autonomía sexual femenina desde una perspectiva que valorando los avances en las acciones concretas de estas jóvenes mujeres, permita señalar el largo camino que aún resta recorrer para lograr revertir la producción de desigualdades asociadas a las diferencias de género. Que esta joven esté habilitada a ocupar el espacio público y privado en función de su deseo, combinando allí su particular historia personal y familiar, y que no sea juzgada en términos morales por hacerlo de un modo distinto al esperado por los miembros de su comunidad barrial, sería un primer paso para posibilitar que este tipo de acciones dejen de ser una excepción dentro de su contexto social, y pasen a ser un camino deseable o esperable dentro del universo de los posibles.

## CONCLUSIONES

En estas páginas, narramos la historia de una joven cuya vida cotidiana se encontraba fuertemente condi-

## EL COSTO QUE ROMINA DEBÍA PAGAR POR NO ACORDAR CON CIERTOS MANDATOS TRADICIONALES SOBRE EL ROL DE LA MUJER LE VALÍA UNA CONDENA MORAL NO SÓLO POR PARTE DE LOS MIEMBROS ADULTOS DE SU COMUNIDAD BARRIAL, SINO POR SU PROPIO GRUPO DE PARES.

cionada por desiguales distribuciones de bienes materiales y simbólicos, lo que la colocaba en posiciones desventajosas frente a sus pares varones así como frente a los miembros adultos de su entorno barrial y familiar. En cuanto a las trayectorias de las mujeres jóvenes, la historia de Romina permitió, por un lado, ver aspectos de continuidad con las historias de muchas/os otras/os jóvenes, en la medida que se reproducen similares características respecto del abandono escolar temprano y la inserción laboral en condiciones de precariedad e inestabilidad. Por el otro, permitió analizar una compleja combinación respecto de tradicionales formas de ser mujer con modos más transgresores o alternativos de femineidad. Esos costados más transgresores de sus prácticas cotidianas, los que le permitían, entre otras cosas, compartir su tiempo en una esquina con un grupo de varones sin demostrar miedo al “qué dirán”, le valían a Romina una fuerte condena moral, por parte de miembros adultos o jóvenes de su comunidad barrial. Estos chismes funcionaban, tal como señala Jones (2010), como un dispositivo de control sobre la sexualidad de esta joven, en la medida que se intentaba con ellos herir su imagen pública a través de la diseminación recurrente de los mismos.

Por otro lado, el hecho de que Romina criticara abiertamente el supuesto destino inexorable de las mujeres en relación con el cuidado de los hijos o la realización de las tareas domésticas, si bien no revertía “las relaciones de poder que son la base del sistema androcéntrico de exclusión... al menos permite construir ciertas prácticas y discursos alternativos” (Elizalde, 2003). Este tipo de acciones son las que permitían responder, a partir del ejercicio de cierta capacidad de agencia, a formas represivas de control social que se ejercía sobre ellas, fundamental-

mente por ser mujeres jóvenes, características éstas que las colocaba en situaciones de mayor vulnerabilidad social en diversas situaciones de su vida cotidiana.

Retomando, finalmente, los interrogantes planteados al principio, sobre qué era lo que podríamos definir como resistente, como aquello que escapaba a las posibilidades de contención, y a su vez cuáles eran los límites que el sistema le imprimía a esa *otredad*, entendemos que nos encontramos frente a un desafío complejo, que sin embargo no debe obturar nuestra posibilidad de decir algo al respecto. Estas mujeres jóvenes, en cuyas historias hemos visto combinadas formas tradicionales de *ser mujer* con prácticas transgresoras y desafiantes, encarnan aquello *intratable* a lo que hacíamos mención a propósito de Prakash (2001). Las de estas jóvenes constituyen formas particulares de *otredades* que se resisten a ser contenidas, explicadas o definidas por determinados patrones normativos. Sus voces, sus cuerpos y sus prácticas se escabullen y aparecen por diversos lugares, apropiándose de diferentes recursos y haciendo con éstos algunas veces lo esperable y otros, definitivamente no. Es por eso que conocer y comprender sus experiencias de vida y sus particulares formas de comprender las desigualdades sociales y culturales en las que están insertas, nos permite aproximarnos a entender de qué hablamos cuando hablamos de diferencias etarias, de clase y de género, y cuál es el valor que las reflexiones en torno a estas cuestiones tiene (o debería tener) para nosotros. •

## Notas

<sup>1</sup> La etnografía que dio sustento a este artículo fue realizada en un barrio de clases populares del Partido de Almirante Brown, provincia de Buenos Aires, ubicado a unas treinta cuadras de la estación de Llavallol. Estaba formado, al momento del trabajo de campo, por unas treinta manzanas de casas bajas; algunas eran viviendas de material y otras construcciones precarias, de madera o chapa, que habían ido mejorando y ampliando la calidad de sus edificaciones y dimensiones con los años. Las calles asfaltadas siempre fueron pocas y la circulación permanente de vehículos particulares y colectivos de transporte público de pasajeros colaboraba, diariamente, al deterioro de un asfalto ya de por sí malogrado. Tenía una avenida principal -Cabildo- y dos calles paralelas -las tres asfaltadas- por donde pasaban los ramales de las dos líneas de colectivos que permitían conectar el barrio con las estaciones de trenes y con las rutas provinciales más cercanas. El resto de las calles eran, en su mayoría, de tierra, lo que dificultaba la circulación para habitantes y vehículos en los días de lluvia.

<sup>2</sup> Término utilizado para dar cuenta de actividades ociosas/no productivas y sin control alguno.

<sup>3</sup> Término del lunfardo utilizado para hacer alusión a un niño pequeño y que tiene cierta carga de sentido negativo.

<sup>4</sup> Expresión que hace alusión a una vida sin responsabilidades específicas, pudiendo dedicar la mayor cantidad de tiempo a actividades de tipo ociosas.

## Bibliografía

- Adaszko, Ariel (2005). “Perspectivas socio-antropológicas sobre la adolescencia, la juventud y el embarazo”, en Gogna, M. (comp.), *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*. Buenos Aires, CEDES-Unicef.
- Alabarces, Pablo y Valeria Añón (2008). “¿Popular(es) o subalterno(s)? De la retórica a la pregunta por el poder”, en Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (compiladores), *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires, Paidós.
- Alabarces, Pablo et al. (2008). “Música popular y resistencia: los significados del rock y la cumbia”, en Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (compiladores), *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires, Paidós.
- Barbieri, Mirta (2008). *Representaciones de lo femenino en los 90. De madres e hijas, abuelas, tías y hermanas*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- Cepeda, Agustina y Cecilia Rustoyburu (2006). “¿Qué hacer con los quehaceres? Las razones domésticas del cambio familiar”, en Míguez, D. y Semán, P. (editores), *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.
- Elias, Norbert y John Scotson (2000). *Os Estabelecidos e os Outsiders. Sociologia das Relações de Poder a partir de uma Pequena Comunidade*. Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Elizalde, Silvia (2003). “Diferencias culturales y retóricas de (in)visibilidad. Respuestas de mujeres jóvenes a los discursos normativos sobre el género y edad”, en *Anclajes*, Volumen 7, Número 7. Instituto de Investigaciones Literarias y Discursivas de la Universidad Nacional de La Pampa. Disponible en: <http://www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/anclajes/n07a06elizalde.pdf>.
- Fainsod, Paula (2011). “Las tramas institucionales y sociales en las experiencias maternas. Reflexiones sobre maternidades adolescentes en contextos de marginalización urbana”, en: Felitti, K. (coord.), *Madre no hay una sola*. Buenos Aires, CICCUS.
- Fernández, Ana María (2006). *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires, Paidós.
- Giddens, Anthony (2007). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Guha, Ranajit (1997). “Sobre algunos aspectos de la historiografía de la India colonial”, en Rivera Cusicanqui, S. y Barragán, R., *Debates poscoloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad*. La Paz, Sepsis/Aruiwiyri.
- Isla, Alejandro (2006). “Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género”, en Semán, P. y Míguez, D. (editores), *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.
- Jelin, Elizabeth (2006). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires, FCE.
- Jones, Daniel (2010). *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, CLACSO, Ediciones Ciccus.
- Lerner, Gerda (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona, Crítica.
- Mumby, Dennis (1993). *Narrativa y control social. Perspectivas críticas*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Prakash, Gyan (2001). “La imposibilidad de la historia subalterna”, en Rodríguez, I. (editora), *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos: estado, cultura, subalternidad*. Amsterdam, Atlanta, Rodopi.
- Silba, Malvina (2011). *Vidas Plebeyas: cumbia, baile y aguante en jóvenes del Conurbano Bonaerense*, Tesis Doctoral, Inédita. Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Wainerman, Catalina (2003). *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires, FCE.